

SERIE **BERGMAN 5**

CASTIGOS JUSTIFICADOS

HJORTH & ROSENFELDT

MICHAEL HJORTH & HANS ROSENFELDT

CASTIGOS JUSTIFICADOS

Traducción de Pontus Sánchez

Título original: *De hunderkända*

© Michael Hjorth & Hans Rosenfeldt, 2015

Publicado de acuerdo con Salomonsson Agency

© por la traducción, Pontus Sánchez, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2018

ISBN: 978-84-08-18065-4

Depósito legal: B. 28.895-2017

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Estimado redactor jefe Källman:

Durante muchos años he leído su publicación. Primero en forma de diario físico, pero desde hace unos años en internet.

No siempre simpatizo con sus opiniones, y de vez en cuando he cuestionado tanto la elección de temáticas sobre las que se escribe como el enfoque que se da al reportaje, pero aun así casi siempre he encontrado cierto placer en leer su periódico.

Sin embargo, ahora me siento en la obligación de hacerle esta pregunta, al ser usted el responsable de la edición: ¿por qué su publicación rinde homenaje a la más pura idiotez?

¿En qué momento se decidió que la más absoluta estupidez iba a ser destacada y convertida no sólo en norma, sino, además, en algo deseable y envidiable?

¿Por qué informan y conceden espacio a personas que ni siquiera saben en qué año estalló la segunda guerra mundial, que no tienen ni los conocimientos más básicos de matemáticas y que sólo de forma excepcional logran componer una frase completa? Personas cuyo único talento es hacer morritos con la boca en los llamados selfies y cuyo único mérito es haber hecho oficialmente el ridículo manteniendo relaciones sexuales en alguno de los muchos realities que inundan nuestros canales de televisión noche tras noche.

En mi trabajo me cruzo con mucha gente joven. Diligente, inteligente, implicada y ambiciosa. Personas jóvenes que siguen los debates, absorben conocimiento, piensan de modo crítico y estudian

para conseguir, a la larga, un trabajo interesante y desafiante con el que contribuir a la sociedad. Jóvenes que tienen aspiraciones. Que tienen conocimiento.

Es a ellos a quienes deberían dar espacio. Es a ellos a quienes deberían intentar convertir en modelos. No a esos seres ausentes de empatía, egoístas, obsesionados por la apariencia que, con chatarra en la lengua y el cuerpo cubierto de vulgares tatuajes, alardean de su bajo coeficiente intelectual y su inexistente cultura general.

Así que repito mi pregunta y esperaré atentamente su respuesta en el periódico: ¿en qué momento se decidió que la más absoluta estupidez iba a ser destacada y convertida no sólo en norma, sino, además, en algo deseable y envidiable?

Reciba un cordial saludo,

CATÓN EL VIEJO

Treinta segundos a partir de ahora.

Mirre ya apenas percibía el clic metálico cuando empezó a contar el cronómetro. ¿Cuánto iba a durar esto? ¿Qué había dicho el hombre?

Iba a hacerle sesenta preguntas.

¿Por cuál iban? Mirre no tenía ni idea. Le parecía que llevaban una eternidad. Todavía seguía intentando comprender lo que había sucedido.

—¿Quieres que te repita la pregunta?

El hombre estaba sentado cerca de él.

Al otro lado de la mesa.

Su voz era tranquila y profunda.

La primera vez que Mirre escuchó esa voz había sido hacía un par de semanas, cuando hablaron por teléfono. El hombre había llamado y se había presentado como Sven Catón, un periodista independiente. Quería hacerle una entrevista. O más bien un retrato. Aunque Mirre no hubiese ganado, había sido uno de los participantes que había recibido mayor atención por parte de la prensa y de las redes sociales. La gente se había hecho una idea de cómo era él a partir de lo que habían visto. Sven quería profundizar un poco en esa imagen. Mostrar otros lados, la persona que había detrás. ¿Acaso podrían verse?

Habían quedado. En el hotel Kurhotellet. Sven lo había invitado a comer. Habían decidido tomarse una cerveza cada uno a

pesar de que eran poco más de las once y media de la mañana de un martes. Pero era verano. Tiempo libre. Sven había colocado una pequeña grabadora en la mesa que los separaba y había empezado a preguntar. Mirre fue contestando.

Al parecer, el hombre que tenía ahora delante interpretaba su silencio como un sí.

—¿Qué tipo de palabras son las que describen las relaciones entre personas, objetos y lugares, como por ejemplo, *encima, junto a, delante y dentro*?

—No lo sé —dijo Mirre, y notó lo agotado que sonaba.

—Aún te quedan diez segundos para pensarlo.

—¡No lo sé! ¡No sé la respuesta a tus malditas preguntas!

Durante unos segundos se hizo un silencio, luego un clic cuando paró el cronómetro y otro clic cuando se puso a cero.

—Siguiente pregunta: ¿cómo se llamaba el buque insignia de Cristóbal Colón con el que hizo el viaje en el que descubrió América en 1492? Treinta segundos a partir de ahora.

Clic.

El cronómetro había vuelto a empezar su cuenta atrás.

La entrevista había ido bien. Aunque Sven era igual de viejo que el padre de Mirre, o incluso mayor, y no acababa de controlar algunos temas, se mostraba realmente interesado, o al menos eso parecía. Era divertido hablar con él. Cuando Mirre regresó del baño, Sven le había pedido otra cerveza.

Debía de haber sido eso. La segunda cerveza. Le debía de haber echado algo, porque enseguida Mirre se había empezado a sentir un poco mal. Perdió la concentración. Se sintió débil.

Sven se había ofrecido a llevarlo a casa.

Habían salido del restaurante. Se habían dirigido al estacionamiento.

Y se había despertado aquí.

La cabeza sobre el duro tablero de la mesa.

Se había incorporado y había tardado algún segundo en darse cuenta de que no podía ver nada. Al intentar quitarse lo que le tapaba los ojos descubrió que sólo podía mover las manos algunos centímetros. Un ruido sordo y metálico cuando lo intentaba. Cadenas. Esposas.

Había empezado a gritar y a tirar de las esposas, pero al oír y reconocer la voz se calló de golpe.

—Nadie te puede oír y no te podrás soltar.

Nuevos gritos. ¿Qué mierda estaba pasando? ¿Qué carajo estaba haciendo? Las amenazas y las súplicas se intercalaban. Sobre todo, amenazas.

—Tranquilízate. Podrás salir de aquí en poco más de media hora. Eso suponiendo que apruebes, claro.

—¿Cómo que si apruebo? —había preguntado Mirre—. ¿El qué?

Sesenta preguntas.

Treinta segundos para responder cada una.

Una tercera parte de las respuestas debían ser correctas.

—Y si no, ¿qué pasa? —había planteado Mirre.

—Vamos a empezar —había contestado el hombre que probablemente no se llamaba Sven Catón—. La primera pregunta: ¿qué significan las siglas de la OTAN? Treinta segundos a partir de ahora.

El clic que ponía en marcha el cronómetro era seguido por un tictac más suave y rápido a medida que avanzaba la cuenta atrás de los segundos.

Mirre había pasado olímpicamente de las primeras diez o quince preguntas. Seguía tirando de las esposas, preguntando al hombre qué mierda estaba haciendo, qué quería, prometiendo que lo haría pagar por eso o que le daría lo que quisiera si lo soltaba.

Amenazas y súplicas.

El hombre no se había dejado influir. Con la misma voz tranquila había continuado con su interrogatorio, poniendo en marcha su cronómetro, preguntando si debía repetir la pregunta y esperando una respuesta. Al cabo de un rato había puntualizado de manera muy sobria que sus posibilidades de aprobar se estaban reduciendo de manera drástica y que Mirre haría bien en concentrarse un poco más y en amenazarlo un poco menos.

Entonces, Mirre empezó a escuchar.

—¿Qué es un número primo? ¿Qué animales forman parte de los cinco grandes? ¿En qué década se formó la isla Surtsey, ubicada cerca de la costa sur de Islandia? ¿Cómo se llama la unidad del Sistema Internacional de Unidades que se utiliza para medir la intensidad luminosa?

Tal vez iban por la mitad cuando Mirre se percató de que, cuando se movía, se oía un ruido de plástico. Estaba sentado sobre un plástico. Un cojín blando envuelto en plástico. En el mundo de Mirre sólo podía haber dos motivos para eso.

Uno era que el cojín fuera nuevo.

El otro, que se quisiese proteger el cojín.

De manchas. Salpicadura. Sangre.

Con un subidón de adrenalina considerable decidió que iba a conseguirlo. Se iba a enterar ese enfermo. Intentó escuchar, intentó pensar. Maldición, tenía que aprobar.

—¿En qué estado norteamericano se encuentra la ciudad de Chicago? ¿Cuál es la denominación química del fósforo? ¿Quién se convirtió en rey de Suecia después de Óscar I?

Pregunta tras pregunta con la misma voz tranquila y profunda. Mierda, Mirre no se sabía ni una...

—Última pregunta: ¿a qué familia de mamíferos pertenece el glotón?

Clic.

¿Qué familia? ¿Cómo que qué familia? Mirre sabía cómo se decía glotón en inglés. *Wolverine*. Lobezno en las películas de Marvel. Pero ¿familia?

—¿Quieres que repita la pregunta?

—No.

Silencio. El tictac suave y rápido. Clic.

—Pues se ha acabado el tiempo. Vamos a ver...

Mirre suspiró profundamente, apoyando la frente en la mesa. Era imposible que hubiese acertado veinte. Ni siquiera había respondido a tantas preguntas.

Oyó cómo el hombre se ponía de pie al otro lado. Mirre levantó despacio la cabeza de encima de la mesa, siguiéndolo con el oído. Parecía como si se acercara. De repente, Mirre sintió algo frío y metálico en la frente.

—Has suspendido —dijo el hombre que, en efecto, no se llamaba Sven Catón.

Mirre no tuvo ni tiempo de apartar la cabeza antes de que el aire comprimido de la pistola de sacrificio eyectara el fino perno, que atravesó de inmediato su hueso frontal hasta penetrar en su cerebro.

Durante toda su vida había estado rodeada de mentiras. Invisibles. Durante más de treinta años, las sombras habían estado ahí sin que ella las viera. Pero ahora ya no. Ahora las veía por todas partes. Mirara donde mirara, se topaba con ellas.

Las mentiras y los engaños.

Nadie había dicho la verdad.

Nadie.

Ni Anna ni Valdemar ni Sebastian.

Su madre, su padre y su padre.

Ahora se negaba a pensar en ninguno de ellos como su familia. Era demasiado cariñoso. No pensaba concedérselo. Ahora sólo eran personas con nombres, nada más.

Anna. Valdemar. Sebastian.

Poco a poco, su vida había empezado a desmoronarse. Una investigación policial sobre delitos financieros había llevado a la detención de Valdemar. Al principio, había asumido que él era inocente, víctima de unas circunstancias desafortunadas. Al fin y al cabo, se trataba de su padre. Pero él había confesado. El mundo se había tambaleado.

En aquel momento no sabía que sólo estaba viendo la punta del iceberg.

El verdadero precipicio se abrió cuando supo que Valdemar no era su padre biológico. Esa revelación casi la dejó fuera de combate. Febrilmente intentó navegar por su nueva exis-

tencia y averiguar la verdad. Se confrontó a Anna, pero nunca habría podido imaginar la capacidad de engaño que tenía su madre.

Se había inventado un padre.

Un hombre muerto.

Una nueva mentira.

Vanja no lograba comprender por qué no le había contado la verdad acerca de Valdemar. Comprender y tal vez incluso llegar a valorar. Él había ejercido de padre durante toda su vida en todos los aspectos relevantes. El mejor padre que podía imaginar. ¿Por qué quitárselo? ¿Por qué destruir su relación cuando no había necesidad alguna de hacerlo?

¿Y ahora? Cuando ya sabía quién era, o, más bien, quién no era. ¿Por qué continuar con las mentiras? ¿Por qué negarle la verdad a estas alturas? Era algo que no se podía explicar ni defender ni comprender, y el resultado había sido un muro de separación gélido y frío. Un hielo emocional que Vanja no tenía ninguna necesidad de intentar descongelar.

No era ella la que había mentido.

Ella era inocente.

Pero luego, cuando todo a su alrededor ya se tambaleaba, de repente Sebastian Bergman surgió de las sombras.

Él era su padre.

Era por eso que había decidido volver a la Unidad de Homicidios otra vez.

La motivación de Sebastian era clara como el agua. Todas sus acciones habían tenido un único objetivo: acercarse a ella, convertirse en su amigo.

Él la había despertado la noche después de la boda de Billy. Ella aún estaba medio dormida cuando él le dijo que le tenía que explicar algo y que no, no podía esperar. Vanja no sabía muy bien de qué iban a hablar cuando se sentó a su lado en la

cama deshecha, pero lo que escuchó la sorprendió, eso seguro.

—Yo soy tu padre, Vanja —le había dicho, tomándola de las manos.

Al menos se había esforzado para revelarlo con cierto cuidado. Había intentado ser lo más cariñoso posible. Le había explicado cómo se había enterado y que, cuando lo supo, no quiso estropear su relación con Valdemar, que Anna se lo había prohibido, y que él, a pesar de todo, siempre había mirado por el bien de ella.

Parecía sincero.

Vanja lo había apreciado. Pero en realidad eso no cambiaba nada. Un engaño era un engaño.

Habían jugado con su vida.

Como en esa película con Jim Carrey, *El show de Truman*.

Todo había sido un montaje y todos habían sido actores, excepto ella.

Ella, que siempre se enorgullecía de ser racional y lógica, había perdido el norte. Era como si estuviese en una casa en la que cada puerta llevaba a un callejón sin salida. Por mucho que buscase, no lograba encontrar la salida.

Había pedido la baja durante dos semanas. Se quedó encerrada en el piso intentando poner orden en sus sentimientos. No le había servido de nada, sólo le había llevado a darse cuenta de lo sola que estaba realmente.

Durante toda su vida adulta había puesto toda su energía en dos cosas: el trabajo y la familia.

Ser una buena policía.

Ser una buena hija.

Ahora, sin familia, sólo le quedaba el trabajo.

Pero allí estaba el hombre que había resultado ser su padre. Sus dos mundos chocaban. En ningún sitio conseguía librarse

de los pensamientos que la atormentaban. Pero era lo que necesitaba.

Construirse una vida más allá de las sombras.

Una vida propia. La suya.

Pero no tenía ni idea de cómo hacerlo.